



# RMA

Reseñas - Antropología Social

## RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Gabriel Tarde. *Monadología y sociología*. 2006 [1895] Editorial Cactus. Buenos Aires  
Emile Durkheim. *El Suicidio. Estudio de sociología*. 2006 [1897] Miño y Ávila editor. Buenos Aires

por Rolando Silla

CONICET-IDES. Email: rolandosilla@yahoo.com.br

### Durkheim y Tarde: Una temprana disputa sobre la teoría social y las asociaciones

Si la realización de un acto implica la anulación de otros mil posibles, con seguridad la realización de la sociología durkheimiana implicó la anulación de las potencialidades del proyecto de Gabriel Tarde. La reciente reedición de dos obras de estos precursores del pensamiento social tal vez contribuya para comenzar a pensar esas otras mil posibilidades que puede implicar desplegar las ideas, invenciones y potencialidades de ambos proyectos.

La historia canónica de la disciplina narra que uno de los clivajes decisivos para el advenimiento de las ciencias sociales se procesó en torno al enfrentamiento desigual entre un anciano y un cadete: el primero es Gabriel Tarde (1843-1904), exponente mayor de la sociología francesa del siglo XIX, profesor del *Collège de France* y miembro de la *Académie*, autor de innumerables publicaciones en Francia y otros países; el segundo, Emile Durkheim (1858-1917) profesor emergente de una universidad de provincia en Bordeaux, que había visto sus primeros trabajos ser recibidos con una fría acogida.

Parte de esta disputa podemos apreciarla en dos reediciones recientemente aparecidas en el mercado local. Se trata de un texto de Gabriel Tarde originalmente aparecido como "Les monades et la science sociale" en la *Revue Internationale de Sociologie*, en 1893, posteriormente publicado con el título de "Monadologie et sociologie" en las Éditions Sorck et Masson en 1895, en la compilación de artículos que Tarde titulara *Essais et mélanges sociologiques*, y que en el 2006 la Editorial Cactus reeditó bajo el nombre de *Monadología y sociología*, con un prólogo de un gran especialista en este autor: Eduardo Viana Vargas. La otra corresponde al clásico estudio de Emile Durkheim, *El Suicidio. Estudio de sociología* (1897), reeditado por Miño y Dávila también en el 2006 y al cuidado de la edición de Ricardo Sidicaro. Complementan *El suicidio* estudios sobre la obra de especialistas como Ramón Ramos Torres y Pablo Bonaldi. También esta nueva edición suma dos artículos de Durkheim: *Suicidio y natalidad: estudio de estadística moral* (1888), *El divorcio de mutuo acuerdo* (1906), en donde se opone a la instauración de una ley de divorcio pues estimularía el suicidio masculino, y una crítica de Tarde titulada *Contra Durkheim, a*

*propósito de su suicidio*, texto inédito elaborado casi en su totalidad en notas de 1897, y en donde se hace evidente las disputas y diferencias de opinión entre estos dos autores sobre cómo debe ser abordado el estudio de lo social y cual debería ser el programa de la sociología; disputa en la que claramente triunfó Durkheim.

Sin embargo, y pese a la consolidación de las ideas de Durkheim a lo largo del siglo XX, las posiciones de Tarde no dejan de inquietar. Ambos autores parten de premisas diferentes. Si el primero intenta romper con la filosofía para conseguir la autonomía de la sociología, el segundo buscará en la filosofía los principios ontológicos de un punto de vista sociológico universal. Si uno intenta buscar regularidades que permitan homogeneizar y regularizar a grupos humanos que denominará sociedades y encontrará su fuerza movilizadora en la moral, el otro se inspirará en la filosofía de Leibniz para señalar que existir es diferir, y que la esencia de todas las cosas es la diferencia; que sólo en pocas oportunidades se producen homogeneizaciones, y que éstas rápidamente comienzan a destruirse, pues lo homogéneo es inestable en su interior, siempre está compuesto por elementos rebeldes que generaran diferencias y disconformidades de mayor o menor intensidad entre sus elementos constitutivos. Por ello un hipotético homogéneo absoluto no podría subsistir dos instantes seguidos sin alteración.

Al partir de la filosofía de Leibniz, Tarde retoma un racionalismo no cartesiano renunciando a los dualismos entre materia y espíritu y sus posteriores correlaciones, naturaleza-sociedad, instinto-cultura, individuo-sociedad. Intentará desarrollar una teoría social que retenga de la famosa monadología el principio de la continuidad (que fundamenta el cálculo infinitesimal) y el de los indiscernibles (o de la diferencia inmanente) pero que descarta los principios de la clausura (una mónada cerrada en sí misma que contiene al mundo) y de la razón suficiente (este es el mejor de los mundos posibles) en que el filósofo había encerrado las mónadas. Tarde se adelanta así a algunos planteos realizados por Gilles Deleuze en su estudio sobre Leibniz y el barroco. Al considerar la diferencia como relación y no como término o unidad discreta, como dinamismo de una potencia y no como atributo de una esencia, Tarde nos abre las puertas, como bien lo señala Vargas, de pensar en la posibilidad de desarrollar

Recibido 13-10-2009. Aceptado 29-10-2009

una teoría social que ponga en suspenso (y sospecha) la antinomia entre lo continuo uniforme y el discontinuo puntual; que piense las entidades finitas como casos particulares de procesos infinitos, las situaciones estáticas como bloqueos de movimiento, los estados permanentes como diligencias transitorias de procesos en devenir.

Autor arriesgado, un poco caótico en su escritura pero no incoherente en lo que piensa y expresa, Tarde no se queda en la explicación y comprensión de los grupos humanos, sino que extiende estos principios neo-monadológicos a todos los seres y cosas del universo, centrando la creencia y el deseo (dos conceptos despreciados por las ciencias sociales del siglo XX y confinados a las experiencias individuales y al campo de la psicología) como potencias inmanentes de las mónadas, y afirmando que toda realidad comprende un exceso de potencia sobre el acto. Dirá así que si los elementos del mundo mineral afectan a los seres vivos, y si por otro lado el propio desarrollo de las sociedades humanas afectan inexorablemente el espectro de lo mineral y de lo viviente (lo que hoy llamaríamos medioambiente), se concluye que no puede existir un abismo infranqueable entre todos esos mundos que, por otro lado, nos gusta pensarlo en forma jerárquica: de lo inorgánico a lo unicelular, a las plantas y animales y finalmente el hombre cómo ápice, extraño híbrido compuesto de un cuerpo que pertenece a la naturaleza y una mente que es de la cultura. Por ello, y según su posición, debemos considerar a toda organización (humana, animal, vegetal o mineral) como una sociedad. Lo central entonces no es lo social como presión moral sino la posibilidad de los seres de asociarse de diferentes maneras y para diversos propósitos. Se aproxima así a las actuales discusiones sobre las relaciones y límites entre los seres humanos y no-humanos que desarrollan autores como Tim Ingold o Bruno Latour en sus intentos por unificar a las ciencias sociales con las naturales de una manera no positivista.

Si Durkheim y Tarde libraron una batalla, no cabe duda que su campo fue el concepto de imitación. Según Tarde la imitación es una de las grandes leyes que gobiernan las sociedades. Si en los tiempos pasados las personas tendían a imitar a sus ancestros, la cualidad de "las sociedades en progreso" es que uno imita cada vez más a sus vecinos y contemporáneos. Por ello hay asimilación, imitación que no es reproducción. Pero ni bien la imitación comienza a operar ocurrirá que su contrario, el principio de inestabilidad de lo homogéneo, tenderá a socavarla. Según Tarde, esta nueva forma de imitar, ya no a un ancestro sino a un contemporáneo, hace que las sociedades actuales se caractericen por la "posesión recíproca, bajo formas extremadamente variadas, de todos por cada uno". Así relativiza las nociones lineales y jerárquicas de poder y dominación. Según el autor, existiría un proceso en dónde el poseído deviene cada vez más poseedor y el poseedor poseído: "poseo mi gobierno, mi religión, mi fuerza pública, tanto como mi tipo específico humano,

mi temperamento, mi salud; pero sé también que los ministros de mi país, los sacerdotes de mi culto o los gendarmes de mi distrito me cuentan en la cifra de su rebaño cuya guarda tienen" (:88).

Ahora bien. Si hay algo que todos los datos y especialistas reconocen como susceptible de ser imitado es el suicidio. Durkheim rápidamente verificó que el suicidio es eminentemente contagioso. ¿Como se produce este contagio? Obviamente Durkheim descartó las causales psicológicas, que entiende como pertenecientes exclusivamente al individuo. También descartó el concepto de su contrincante: no existe imitación en el suicidio. Para Durkheim este contagio es un producto social, por ello lo que encontramos son procesos de penetración y fusión de un cierto número de estados en el seno de otro, que se diferencia de ellos: el estado colectivo. Cuando se sigue una moda o se respeta una costumbre, sólo se hace aquello que los demás han hecho o hacen todos los días. Es, según Durkheim, y aunque parezca un poco confuso, una reproducción que nada tiene que ver con la imitación. Es el producto de la simpatía que nos conduce a no oponernos al sentimiento de nuestros conocidos para poder beneficiarnos mejor con su trato, y al respeto y presión que nos inspiran las acciones colectivas. Reproducción que se produce porque se nos presenta como obligatorio, y, en cierta medida, como útil. Un sentimiento en común, no una repetición automática de lo que otros han hecho. ¿Pero quién es el sujeto de esas acciones colectivas? En Durkheim esto nunca queda del todo claro. De ahí la acusación de sociologismo, de colocar como causa última de todo a una abstracción: el todo social o el todo colectivo sin que esto nunca sea definido.

Para Tarde, en cambio, la imitación "es el agente socializador", y no es posterior sino anterior a la sociedad. Primero existen personas que se imitan produciendo cierta homogeneización que genera una organización social. Lo social es posterior, no siempre tiene éxito y es algo a analizar, no la explicación de lo dado. Caso contrario no hay sociedad. La sociedad no está dada, y la imitación prepara la sociedad, preexiste a la sociedad. Es imitando y siendo a la vez imitado como se establecen las relaciones socializantes, las asociaciones. De esta manera, cualquier suicidio que se comete es apto para convertirse en modelo de otros y ha nacido del ejemplo de otro suicidio frecuentemente cercano al primero en el tiempo o en el espacio. Esto implica que existirían creadores e imitadores, centros y periferias. Tarde afirma que si bien la imitación parte de un centro éste no es prioritario, pues es muy probable que un fenómeno imitativo se vuelva más intenso en el copista que en el iniciador.

Tarde critica a Durkheim el sustituir realidades por entidades, el crear una tasa social de suicidios en la que se supone enteramente social y no afectada por el número mayor o menor de suicidios y decisiones individuales. "Divinidades nebulosas que salvan a Durkheim cuando está

en dificultades" (:534), y que retiran "las explicaciones de la intimidad de la vida social, de las relaciones psíquicas de individuo a individuo, que son el elemento mismo, infinitesimal pero continuamente integrado de la vida social" (:536). Si según afirma Durkheim, el suicidio se explica por la falta de normas morales, Tarde se preguntará por qué. Si como se desprende de *El Suicidio*, hay menos cuando más caótica es la sociedad, como en las crisis, las guerras y revoluciones, pero al mismo tiempo existe una alta tasa de suicidio en los altos mandos militares, habría una contradicción entre un suicidio por falta de cohesión social que se da en los civiles y otro suicidio debido a la extrema cohesión social de la vida militar. Tarde se pregunta también por qué Durkheim denomina los suicidios que se producen entre los militares altruista y a los que ocurren entre los civiles egoísta. ¿Pueden los civiles realizar un suicidio altruista? Ahora bien, si el suicidio militar depende del exceso de integración, es decir, de la anulación de la individualidad, sería necesario que el simple soldado se matara más que el suboficial, que tiene una cierta iniciativa, una cierta personalidad, comparado con sus subordinados. Sin embargo ocurre lo contrario. Tarde se pregunta también ¿por qué el suicidio no es común en los monasterios, en dónde las presiones sociales son tan altas como en los regimientos? Criticará también "la militarización civil" que propone Durkheim, o sea aumentar la presión moral en aspectos tales como la prohibición del divorcio para mantener la cohesión de la familia. Siguiendo los propios postulados de Durkheim, esto aumentaría el número de suicidios, que tendrían la característica del suicidio militar: de personas atrapadas por la presión social tal que se suicidarán en nombre de y por la familia.

Ahora bien, en vez de altruismo y de exigencias morales del todo colectivo, ¿no es decidir suicidarse una gran iniciativa personal? ¿No es la inmolación de sí, en la mayoría de los casos, la exaltación suprema de la personalidad? Para Tarde el individualismo es un producto de la imitación. Pero no encuentra su origen en el protestantismo o el comerciante burgués, sino en la vida de corte. Posteriormente esta exaltación del individuo pasará, por imitación, a la burguesía y finalmente al pueblo. Al intentar explicar esta característica de la modernidad Tarde alegará que el individualismo de las sociedades europeas no implica falta de leyes o de cohesión social, como siempre defendió

Durkheim, sino que es un proceso en el que el deseo y la creencia han tomado una forma particular de existencia. Es porque cada vez se considera el matrimonio y la vida como un placer a saborear y cada vez menos como un deber social a cumplir que según este autor se producen muchos divorcios, y muchos suicidios. Pero no todo es egoísmo en esta búsqueda de felicidad que causa tantas catástrofes. No es que sólo nos hayamos vuelto voluptuosos, sino que nos hemos vuelto más enamorados y más ambiciosos, más enamorados conyugalmente, y más ambiciosos vitalmente. No sorprende entonces que haya más decepciones amargas allí donde ha habido más esperanzas, más ambición y más deseos. En forma semejante, Tarde considera que no es porque la vida urbana estaría menos integrada que la vida rural que es menos fecunda en divorcios y suicidios. La razón es que simplemente la vida en las ciudades es más excitante, más estimulante en cuestión de esperanzas y de deseos intensos, ambiciosa en amor, en contraposición, por ejemplo, a la vida monástica, que ahoga el deseo, y no hace crecer sino una esperanza en desmedro de todas las otras: la de la salvación, que tiene por condición la obediencia a las leyes cristianas que prohíben matarse bajo amenazas de penas del infierno. Así explica Tarde la alta tasa de suicidio militar y la baja tasa en los monasterios.

Creo acertada la opinión de Sidicaro en cuanto que las polémicas con Durkheim y el modo en que éste descalificó la contribución de Tarde fue un elemento que contribuyó a que las ideas de éste último fuesen ignoradas y resumidas a una simplificación total. Creo también que algunas ideas de Tarde nos permiten ver desde otra perspectiva la irrupción de la modernidad, de una forma diferente a como la abordaron otros clásicos como Durkheim, Marx o Weber. Tarde coloca problemas que estos autores y sus discípulos han desatendido, como las acciones sociales contradictorias en un mismo sujeto, la afectividad y el deseo, las dicotomías maniqueístas, así como el intento de salir tanto del esencialismo como del constructivismo. Una vez recuperado a Tarde deberíamos también repensar como enseñamos (y aprendemos) la historia de las ciencias sociales. Saber desconfiar del progreso del pensamiento, y de cómo formas de pensar consideradas obsoletas pueden, con el tiempo y el propio desarrollo de la disciplina, volver a encontrar nuevas potencialidades.

